

Lancha rápida

Lancha rápida

RENATA ADLER

POSFACIO DE GUY TREBAY

TRADUCCIÓN DE JAVIER GUERRERO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:
Speedboat

Copyright © 1971, 1972, 1973, 1975, 1975, by Renata Adler
All rights reserved including the rights of reproduction
in whole or in part in any form.

Primera edición: 2015

Gran parte del material de este libro apareció en origen
de forma ligeramente distinta en *The New Yorker*.

Traducción
© JAVIER GUERRERO

Posfacio
© 2013 by GUY TREBAY
All rights reserved

Imagen de portada
Iridescent Interpenetration N.º 5 - Eucalyptus, Giacomo Balla
La editorial ha tratado, sin éxito, de localizar a los propietarios de la imagen.
Si esta edición llegara a sus manos, les invitamos a que contacten con nosotros.

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
KADMOS

ISBN: 978-84-15601-80-7
Depósito legal: M-2739-2015

Impreso en España

ÍNDICE

Enroque	13
Silencio	45
La casa	67
Lancha rápida	87
Islas	113
Qué guerra	139
La agencia	171
POSFACIO	
Por GUY TREBAY	209

Para A.

«—¿*Qué guerra?*—dijo el primer ministro de repente—. Nadie me ha dicho nada de una guerra. De verdad creo que deberían hármelo contado...

Y en ese momento, como un ciclón tropical, los sonidos de la batalla empezaron a regresar».

EVELYN WAUGH, *Cuerpos viles*

ENROQUE

Nadie murió ese año. Nadie prosperó. No hubo nacimientos ni matrimonios. Se escribieron diecisiete sátiras reverentes: alterando un cliché y, es de suponer, creando un género. Eso fue un sueño, por supuesto, pero he descubierto que muchas de las cosas más importantes son las que aprendes durmiendo. La oratoria, el tenis, la música, esquiar, los modales, el amor; lo intentas despierta y tal vez dudas ante el obstáculo, pero enseguida has dado el salto. Has cogido el ritmo, de una vez por todas, durmiendo por la noche. La ciudad, por supuesto, puede destruirlo. Hay mucho insomnio. Muchos ritmos que colisionan. La dependienta, el casero, los invitados, los transeúntes, dieciséis variedades de circunstancias sociales en un día. Aquí todo el mundo tiene el poder de cuestionar toda tu vida. Demasiadas personas tienen acceso a tu estado de ánimo. A algunas personas les es indiferente caer mal, hasta lo disfrutaban. Casi nadie que yo conozca.

—Es de lo más estúpido izar las velas cuando el viento sopla en contra —dijo la esposa del magnate italiano del agua mineral en la cubierta de su hermosa goleta, que había permanecido todo el verano en el puerto—. Porque entonces las pierdes.

Una rata enorme se me cruzó anoche en la calle Cincuenta y siete. Salió de debajo de una valla de madera en un solar que hay cerca de Bendel's, hizo una pausa por el tráfico y luego cruzó a la acera del lado norte, se detuvo un rato en la oscuridad y desapareció. Ha sido mi segunda rata esta semana. La primera la vi en un restaurante griego donde hay alféizares a la altura de la rodilla en todas las ventanas. La rata corrió por los alféizares directamente hacia mí y luego pasó de largo.

—¿Has visto eso? —preguntó Will, dando un sorbo a su cerveza.

—Un ratón grande —dije—. Ahora hay ratones pequeños hasta en los buenos hoteles, en los bares y en los vestíbulos.

Había visto a Will por última vez en Oakland; antes de eso, en Luisiana. Es abogado. Entonces capté algo a mi izquierda, tal vez un sobresalto producido por mi visión periférica, que se acercaba a mi cara muy deprisa. Se me cayó el tenedor.

—Ibas bien —dijo Will, sonriendo—, hasta que has perdido la calma.

La segunda rata, por supuesto, podría haber sido la primera rata en una zona más alejada del centro, en cuyo caso o bien la rata me está siguiendo, o tiene las mismas costumbres y horarios que yo. No obstante, creo que la cordura es la opción moral más profunda de nuestro tiempo. Dos ratas, pues. Los taxistas ni siquiera pueden oírte cuando les dices la dirección a través de esas nuevas mamparas, que la verdad es que no me parecen a prueba de balas, aunque, por supuesto, nunca lo he comprobado. A prueba de sonido sí. Y desde luego, los dedos se te atascan en los nuevos receptáculos para el dinero. Bueno, alguien vendió las mamparas de seguridad. Alguien las compró. Un chanchullo, sin duda. No parece existir un espíritu de los tiempos. Cuando empecé a levantarme de la cama insólitamente temprano, Will, que se queda dormido con una violencia que contrasta con su delicadeza en la vida de vigilia, dijo:

—Quédate aquí. La *angustia* es común.

Sí que encontré un taxi para ir a casa, bajo la lluvia, a las puertas de una armería.

—Por el índice Dow Jones —dijo el padre, levantando su copa.

Cumplía sesenta y ocho años. Tenía el cabello y el bigote plateados.

—Cada uno a su manera —dijo el hijo con una sonrisita.

Él no era radical. Había estado metido en venta al descubierto. Rieron. Toda la familia —hasta los nietos, en su mesa separada— bebió. El momento pasó.

Sola en el coche deportivo, acelerando por el campo, yo cantaba al compás de la emisora de radio, con el volumen a tope. Janis Joplin. No era la más alegre de las canciones, ni por asomo, pero sí uno de los versos más bonitos. «Libertad es sólo otra palabra para decir que no queda nada que perder». En cierto modo, supongo.

—Aquí no hay lágrimas —dijo el joven obrero de la construcción en el funeral, cuando el viejo dirigente del sindicato, con dos apoplejías, tres ataques al corazón y una enfermedad pulmonar, murió por fin.

—Es verdad —reconoció el sacerdote, examinando a los asistentes al funeral en la catedral—. No hay lágrimas. O el velatorio ha durado demasiado o era un hombre duro, duro.

—Los demás nunca morirán —dijo un joven político negro con gran amargura—. Los ves salir trastabillando de sus limusinas. Todos irlandeses, todos seniles, todos con apoplejías. Los sindicalistas. Hasta sus mujeres tienen trastornos cardíacos. Pero ahora lo sé. Nunca van a morir.

—Morirán, seguro —razonó el sacerdote con buen criterio—. El más joven tiene setenta y seis años. Ya verás. Llegará su hora.

—Por el futuro, pues —dijo el político negro.

—¿Vamos a tu casa o a Elaine's? —preguntó el joven.

Eran las tres de la mañana. Se había divorciado recientemente. La misma pregunta se estaría oyendo en ese mismo momento en taxis de toda la ciudad de Nueva York.

—A Elaine's —dije.

Allí fuimos. A Elaine's, por el índice Dow Jones, por el futuro, pues, para preservar la tranquilidad doméstica. Libertad significa nada que perder; los receptáculos de monedas de los taxis son audifonos en los que se te quedan pillados los dedos; cuando las imágenes pasan demasiado deprisa es como despertarse y tratar de orientarse en la cama. ¿A qué lado puede estar la pared, a qué lado está el norte, a qué lado está

el centro, qué ciudad es, para empezar? En algunos de los mejores moteles de autopista, cerca de aeropuertos, hay Magic Fingers, un artefacto que, si echas veinticinco centavos en una caja metálica, agita la cama durante sesenta segundos, como si te acunara para que te duermas tranquilamente. No tiene nada que ver con dedos. Es más bien como dormir en un tren cuando las vías están en buen estado. Una pegatina en la caja metálica dice que puedes instalar Magic Fingers en tu propia casa. No conozco a nadie que lo haya hecho.

Trabajo para un periódico sensacionalista, el *Standard Evening Sun*. Desde que tengo este empleo, he salido con cuatro hijos de famosos, dos hombres de negocios con novelas inacabadas, tres escritores con la costumbre de preguntarme «¿Puedo usar eso?», cuando decía algo que les parecía típico, y un director revolucionario que me daba unos golpecitos en el pelo y decía «Eres muy dulce», cada vez que le preguntaba algo. Me he sentado en peldaños fríos, temblando, con una banda de quince radicales de los cuales diez se psicoanalizaban y seis llevaban lentillas. Las cosas han cambiado mucho, varias veces, desde mi infancia y, como todo el mundo en Nueva York salvo los intelectuales, he vivido varias vidas y todavía vivo algunas de ellas.

Durante un tiempo, pensé que no tenía intereses reales: ni teatro ni conciertos ni museos ni colecciones de sellos. Sólo ambiciones y lazos personales de cierta intensidad. Con diferentes clases de personas. Me estaba convirtiendo en una sanguijuela de la vida emocional. Ahora las ambiciones han derivado hacia los intereses. He perdido mi percepción del conjunto. Espero a que los sucesos tomen forma. Recuerdo a alguien que dijo: «Has de *macerarte* en las cosas». Así que me *maceré*, en *thrillers*, en anuncios, en revistas de actualidad. Esa misma persona anotaba «atemperado» y «discutible» en todos los márgenes de lo que escribían nuestros redactores de necrológicas. Ahora pienso en «atemperado» y «discutible» varias veces al día.

En el campo, donde crecí, no había tantos acontecimientos. Las cosas nunca se salían demasiado de tono. La casa estaba casi siempre dormida y hablábamos muy bajo. Cuando mi padre se levantaba a las seis para dar su paseo o nadar antes del desayuno, los niños, que nos habíamos acostado mucho después de medianoche, estábamos durmiendo. Cuando mi padre volvía de su oficina a mediodía, los niños, pálidos y silenciosos, nos uníamos a él mientras comía, y desayunábamos. Después de comer, mi padre echaba la siesta, y, a las tres, mi madre, habiéndolo visto marcharse otra vez a la oficina, subía a descansar una hora. La familia sólo estaba despierta y reunida en la cena, después, mi padre se iba a su cuarto y mi madre se quedaba un rato abajo para hablar con los niños. En resumen, veinte horas de veinticuatro, el silencio del sueño flotaba sobre la casa. Nadie pensaba en despertar a nadie. En ocasiones, un niño estúpido ataba un petardo a un cangrejo de río o a una rana y encendía la mecha. O le daba un terrón de azúcar a un mapache, que a su manera extraña y obsesiva lavaba ese azucarillo en un arroyo hasta que no quedaba nada.

En cambio aquí... Pensaba en por qué las víctimas de alguna pequeña tragedia extraordinaria —los padres de una niña a la que un chico mayor trastornado acababa de lanzar desde el tejado de su vivienda o el hijo modélico que había perdido la cabeza y matado a un amigo— nunca me cerraban la puerta en las narices cuando iba a pedir una entrevista. Nunca lo hacen. Abren la puerta, sacan el álbum familiar y cuentan las anécdotas del bebé. Pensaba que se debía a una lealtad al recuerdo, o a una voluntad de ordenar los papeles. Sigo pensando que es en parte eso y en parte consecuencia de estar anonadados por la publicidad y el dolor. Pero ahora sé que sobre todo se trata de una desesperación por intentar complacer, de una disposición tan arraigada y amable que está marcada a fuego en la conciencia.

En la cuestión de los dóberman, me gustan los perros que son más grandes, peludos y simpáticos y duermen un montón, los que tienen ojos tristes debajo del pelo. Cuando era niña, había una señora en nuestra calle que tenía un dóberman, criado para ser anguloso, fiero y estilizado, como lo son todos, como un lobo afilado. Eso significaba que cuando el hijo de un vecino iba en bicicleta por la calle asfaltada, si el dóberman estaba suelto, el niño tenía que saltar de inmediato desde la bicicleta y, con las rodillas magulladas, agazaparse detrás de un muro alto de piedra hasta que el propietario llamara a su perro. El perro estaba consagrado a la señora, que resultó que tenía cáncer. Durante años, pensé en la devoción de los dóberman por sus propietarios y su salvajismo frente a otras personas como algo casi en su favor. Casi. Luego leí un artículo de periódico sobre un dóberman que, después de muchos años, se había vuelto contra su dueña, una señora anciana. Cuando la encontraron a la mañana siguiente resultó que la señora había corrido de habitación en habitación, tratando de cerrar la puerta antes de que el perro llegara a ella, simplemente demasiado débil o demasiado desconcertada para escapar del animal. Una historia de amor había ido por mal camino, podría decir alguien en un momento de desilusión. Por muy mal camino.

De vez en cuando trabajo con Will en la fundación, reescribiendo solicitudes de subvenciones. Técnicamente no existe un trabajo así, pero eso es lo que hago. Trato de reciclar a la gente de «el cine es el medio» y «la televisión por cable para el gueto» y ayudo a fanáticos de Blake y a reformadores de la calle que trabajan con tesón. En ocasiones, me despisto o pierdo el hilo. Los utópicos que se despiertan tarde, sobre todo, son persistentes como el mercurio. Yo misma soy fanática, aunque no sea una mujer de temperamento. Me pongo nerviosa cuando se monta una escena. Robé un mantel de un motel en Angkor Vat en una ocasión. El botones se indignó. Tuve que devolverlo. Para fomentar el bienestar general y garantizar las

bendiciones de libertad para nosotros mismos y la posteridad; creo en todo eso. Voy a fiestas casi siempre que me lo piden. Creo que un tono de indignación moral, usado con demasiada frecuencia, es desagradable. Me levanto a las ocho. Muchas veces me tomo una copa antes de las once. En cierto modo, he superado con creces mis propias marcas en esta vida.

Estaba tumbada en la cubierta de un barco en el Mediterráneo en un día sin viento. Era extraño que tuviera que estar allí, pero no más extraño que mi trabajo, o que los barrios bajos o los sitios donde la gente se encuentra cuando cambia su suerte. Una chica de dieciocho años tomaba el sol con gran seriedad. El resto de nuestro grupo estaba nadando o jugando a cartas bajo cubierta o bebiendo mucho. La chica era rubia, tímida y lacónica. Después de dos horas de silencio bajo ese sol, habló:

—Cuando te pones morena —dijo—, ¿qué es lo que te pones?

He dado muchas vueltas en los cortos períodos entre meses de inactividad. Tengo tendencia a quedarme atrapada en los sitios. En la primavera de 1967 estaba atrapada en Luxor, Egipto. El periódico me había enviado a El Cairo. Había altavoces y manifestaciones airadas en las calles. Fui a las pirámides y monté en camello. Luego asistí a una reunión en la embajada. El ministro de Exteriores habló de las opciones israelíes y de la guerra de desgaste. Yo lo apunté. Tomé un avión a Luxor, un Iliushin, y visité las tumbas. Llegué a mi vuelo de regreso a El Cairo con tres horas de antelación. Lo mismo hicieron los demás. Nos dijeron que nuestro avión había sido asignado a un grupo de estadounidenses en visita bíblica llamado «Nueve días en Tierra Santa», cuyo vuelo se había cancelado. La gente que tenía reservas se quedó sin avión. Yo estaba desesperada. Empecé a gritar ante el mostrador de un funcionario del aeropuerto. Lo apuntó. Uno de los dos guías de la visita bíblica dijo que si una sola persona de su grupo se quedaba en tierra, la visita nunca volvería a Egipto. Me pregunté adónde más los llevaría su «Nueve Días en Tierra Santa». Anaheim,

Azusa, Cucamonga. Estaba desesperada. El piloto egipcio me miró un segundo. Justo antes de despegar me condujo a la cabina de mando, donde me senté, con uno de los dos guías del grupo, detrás de él. El guía de viaje amenazante se quedó en tierra. Volamos con cierta euforia. Al cabo de unos días estalló la guerra.

Conozco a alguien que está tratando de desembarazarse de un mainá (me refiero a encontrar a un amo que lo quiera). Desde hace un año el hombre ha pasado media hora cada día debajo de una tela oscura con el ave y un cronómetro. Él dice hola, hola, hola durante toda la sesión. El ave no dice nada. A veces chilla al salir el sol. Luego está la cuestión de los apartamentos. Lucas, que ocupa el escritorio de al lado del mío en el periódico, se trasladó a un lugar donde el último inquilino abandonó un gato. Lucas es una de las personas más amables que conozco; tiene alergia al pelo de gato. Llamó a todos sus conocidos. Al final, se enteró de alguien que ya tenía cuatro gatos. La llamé.

—Bueno, verás, ya tengo cuatro gatos —dijo la chica.

—Lo sé —respondió Lucas—. Simplemente pensaba que tal vez un quinto...

—No, no —dijo la chica—. Me refiero a cuatro gatos de más. Alguien me los dio. —Hubo una pausa—. Oh, qué demonios.

Lucas le llevó el noveno gato. En la casa de al lado hay una niña de doce años que quiere regalar su conejo a alguien que tenga un hogar feliz en el campo. La niña está obsesionada con la idea de que una mala persona podría llevarse el conejo de mala fe y comérselo. Cree que alguien se comió su jerbo. Nadie come jerbos. Es extraño pensar que la mayoría de los niños de menos de seis años a los que conoces y amas, a los que haces regalos o lo que sea, no van a recordar sucesos sumamente emotivos de esos primeros cinco años, en el sofá o en la cárcel o en un banco o allá donde se encuentren cuando tengan veinticinco años.

En mi trabajo, he tenido la suerte de conseguir visados para lugares cerrados. Mi familia lo ha mantenido todo al día, renovando pasaportes desde que mis padres se marcharon de Europa antes de la guerra. Mi padre se llamaba Paul-Ernst cuando era alemán. Se convirtió en Pablo al comprar un pasaporte costarricense. Fue Paulo cuando nos hicimos italianos en Lugano. Ahora es Paul en las noches en que, por inverosímil que parezca, juega al póquer. Mi mente es un edificio. Algunos ascensores funcionan. Hay cáscaras de naranja y atracos en los pasillos. Hay *squatters* y cerraduras dobles en algunos pisos, unos pocos maceteros con flores en las ventanas, solteros a medio vestir pillando frío en la escalera de incendios; el yeso se cae. A veces da la impresión de que podría tener una crisis nerviosa: durmiendo todo el día, lágrimas, insomnio a medianoche y otra vez a las cuatro de la mañana. Luego se me ocurre que mucha gente la tiene. O, por supuesto, algo peor. Hubo un momento en que tenía triángulos azules en los bordes de los pies. Triángulos más oscuros cada día, isósceles. Leucemia, pensé. Esperé varios días y observé. Resultó que cada vez que sacaba la basura al rellano, descalza, mantenía la puerta del apartamento abierta echando las piernas hacia atrás. La puerta rozaba un poco los bordes de mis pies descalzos. Eso era todo: manchas triangulares. Me eché una siesta para celebrarlo.

—Me concedo —dijo el congresista al principio del discurso con el que estaba a punto de entrar a formar parte de la historia— tanto tiempo como el que voy a consumir.

Él estaba al teléfono. La invitaré a cenar, pensó. Aceptaré su invitación a una fiesta. Reiré ante lo que sea que a ella le parezca un chiste, si es que, con el pacto de afecto todavía presente en nuestras voces, me permite colgar. Ella continuó hablando al otro lado de la línea. Cuando él sonó aburrido, la voz de ella pareció reprochárselo. Cuando él lo intentó con un tono animado, ella se sintió alentada a continuar y no dejó de remarcar cada frase que pronunciaba con una risita histérica.

No sé cuánta gente ha visto Broadway Junction o ha pasado por allí. Me parece una de las verdaderas maravillas del mundo: nueve vías elevadas que se entrecruzan en el aire, con vagones que, a pesar de una lentitud extraña, chirrían sobre vigas gruesas y oxidadas para dirigirse a lugares distantes, sórdidos. Este monstruo en el aire, devastado y absurdo entre todos los metros, podría haberlo creado un arquitecto con un Meccano y amnesia recurrente, y ordenanzas y chanchullos municipales. No muy lejos está el sector de Brownsville, de casas aplastadas, huecas, una inmensa metrópoli en ruinas con algún que otro yonqui, un cadáver, un alma demente abstraída en un recado donde no puede existir ningún recado. Allí no puede haber ni siquiera ratas, a menos que se alimenten unas de otras. Y allí, justo al borde de esta anomalía desierta, empieza una especie de pequeño barrio, con viviendas, funerarias, tiendas de comestibles, uno o dos policías. Una vez, en la calle límite, vi una fila interminable de Cadillacs, con hombres de traje y sombrero, con chóferes, manicuras y rostros sombríos. El propietario de una licorería había sido remitido a la funeraria. Los italianos que regían esa comunidad estaban presentando sus condolencias. Los verdaderos vecinos de la calle tenían un conflicto entre sus obligaciones con los seres queridos difuntos y el protocolo hacia los hombres de los Cadillacs. No había nada para la fundación ahí. Nada para el periódico, tampoco. Ningún suceso.

—¿Sueños? —preguntó el médico a su paciente en voz baja, con cautela, con el tono en el que decíamos en nuestros juegos de cartas infantiles—: ¿Algún as? ¿Algún diez?

En serio, la señora del Boeing 707 de Zúrich estaba hablándome de algas. Yo acababa de llegar de St. Moritz y ella de Gstaad. Casi todos los demás pasajeros llevaban yesos como consecuencia del esquí. El marido de la señora había inventado unos espaguetis sin calorías hechos de algas. Había inventado otros

productos con algas, incluida una salsa de algas para los espaguetis. Era la autoridad viva mundial, todavía no reconocida, en materia de algas y sus múltiples usos. La mujer era muy elocuente al respecto. Captó mi interés durante casi siete horas. Mi capacidad para pasar un buen rato existe. Sin embargo, sólo aflora en extrañas ocasiones. Todo el mundo tiene capacidad para pasar un buen rato. Tuvo que ser divertido antes de los yesos y siempre habrá otra temporada. El hombre que se lanza para ser la última persona en pasar entre las puertas que se cierran de un metro ya repleto empuja, al fin y al cabo, algunas almas tímidas que tiene delante. Quizá sean las tensiones de acercarse al nuevo milenio.

Bueno, ya sabes. A su mujer la persiguió un elefante.

—No.

—Qué extraordinario.

—Sí. Fue espantoso. Estaban observando a los elefantes cuando ella simplemente se cayó. El elefante la arrolló y le clavó la rodilla. Estuvo meses en el hospital.

—No.

—Qué extraordinario.

—Muy diferente de cualquier cosa que haya hecho Roger por ella, supongo.

Día tras día, cuando todavía trabajaba en la biblioteca pública de la calle Cuarenta y dos, veía al mismo joven, con barba, vehemente, limpiándose las uñas con las esquinas de las hojas de un libro.

—¿Qué estás estudiando? —le pregunté una vez.

Los números destellaban sobre el mostrador a medida que llegaban los libros.

—Investigo —dijo—. Estoy escribiendo mi autobiografía.

Hay gente extraña en esa sala de lectura, sin lugar a dudas, uno que dibuja el mismo pájaro de manera interminable en la parte de atrás de la mitad de un único cheque bancario, otro que tararea todo el tiempo, y uno que no deja de pedir a

los otros dos que paren. Es un poco como una pantomima de concierto. Dejé ese trabajo pronto. El problema es que a veces comprendo ese proyecto de investigación. O lo comprendía. En aquel entonces.

—¡Qué desmadre! —exclamó una chica de unos veinticinco años, nada delgada, cuando el De Havilland Otter enfiló la pista de aterrizaje del aeropuerto de Fishers Island.

—¿Esto es un juguete o un avión? —preguntó con nerviosismo un joven con un bigote exiguo—. He pagado mi billete dos veces. Cortaron la sección Fishers Island-Nueva York por error, en Grotton. Y ahora esto.

—No pasa nada —dije—. Yo volé en un avión como éste cuando estaba estudiando las situaciones de crisis en el sureste de Asia. Tienen excusados detrás de sus cabañas, sobre los ríos. Luego se comen las carpas de río. Ecología. Todos confían en estos aviones. La preocupación eran sólo bombas y morteros. También se preocupaban por los gallos locales. Gallos de pelea. Nunca vi ninguno hasta que estuve allí. En Ben Tre. Ya no existe. Para los vuelos tengo estas pastillas.

—El especial de los hermanos Wright —continuó la chica de Fishers Island.

Empezó un repiqueteo bajo el suelo de la sección media del avión. Los diez pasajeros empezaron a reír cada uno con su propio tono. El repiqueteo quedó ahogado por un ruido de crujidos.

—¿Puedes creerlo? —dijo la chica—. Es fantástico.

—Lo más divertido es cuando llegas a las nubes y tienes que pedalear —dijo un marinero. Estaba destacado en Groton.

El avión vibraba, rebotaba y se inclinaba sin cesar. Conté y descubrí que tenía suficientes analgésicos para todos.

—Siempre llevo demasiado equipaje cuando viajo —dijo una señora en voz muy alta cuando se empañaron las ventanas—. Nos vamos a marchar de Nueva York. A mi hijo lo han atracado seis veces. Sólo tiene once años. No podemos seguir comprándole relojes nuevos. —Continuó así.